

EL MAESTRO MEMLING



Mercedes Menchero Verdugo

Madrid, Navidad 2011

Audio-libro.com

El maestro Memling estaba pintando en su estudio. Era un día cercano a la Natividad del Señor y el pintor ultimaba uno de sus cuadros. Tenía que tratarse de algo importante, pues siempre dejaba ver todo el proceso de sus obras a Luz, su discípula, desde cuando apenas había dibujado los primeros trazos, hasta su conclusión, pero esta vez no había sido así. Requería todos los días su presencia junto a él, como de costumbre; le pedía que se sentase frente al gran ventanal que daba a la plaza, que preparase los óleos y pinceles y se los fuese limpiando y dando mientras él trabajaba, pero ocultaba la tabla de sus miradas con una gran tela blanca que no retiraba hasta que la veía sentada y la volvía a cubrir antes de que salieran juntos cada tarde. Así fue durante casi medio año.

Cuando estuvo acabada, la obra fue trasladada a un país extranjero, de forma sorprendentemente rápida y con el más absoluto de los misterios, pues, cuando Luz llegó, como una de tantas mañanas, a la casa de su maestro y entró en el estudio, el cuadro ya no estaba. La joven no preguntó y el maestro no habló de ello, eso fue todo.

Los meses se sucedieron y llegó el verano de 1481. Memling fue invitado a viajar a España, ofrecimiento que procedía de la Corte de este país, por petición expresa de su Reina, Isabel I de Castilla, ya que el artista se encontraba entre sus pintores predilectos. Luz le acompañaba.

El viaje, largo pero sin contratiempos, no es lo que aquí nos interesa relatar, sino el acontecimiento que tuvo lugar en el Monasterio de Santa María la Real, de Nájera, ciudad a la que llegaron el pintor y su discípula la tarde del 23 de junio, al atardecer, mientras el sol se ocultaba por detrás de los montes y dos monjes solícitos salieron al encuentro del carruaje que les había llevado desde Brujas hasta estas tierras españolas. El maestro y los monjes se entendían sin dificultad alguna en un latín fluido, que Luz también conocía.

Se les ofreció a los viajeros unas jarritas con agua, que ambos bebieron con avidez, e inmediatamente fueron conducidos al interior de la iglesia y, advirtiéndoles de que sus Majestades llegarían un poco más tarde y que tenían, por tanto, tiempo, si así lo deseaban, de rezar y descansar, les dejaron solos en el templo.

Memling miró a su alrededor y le preguntó a la muchacha si quería sentarse o prefería ver aquella maravilla.

Empezó a sonar en ese momento una pieza que alguien tocaba al órgano y Luz no lo dudó: “Quiero subir al coro”, le contestó.

Una empinada escalera de caracol les condujo hasta donde sonaba la música. Allí, un hombre enjuto, de cabello gris, fino y largo, que apenas se destacaba en la oscuridad, tocaba un órgano de tubos: era Alonso Cárdenas, maestro de capilla, que interpretaba un kyrie de Juan Cornago. Luz, apenas le vislumbró, se quedó quieta, de pie, escuchándole, sin osar moverse. Cárdenas paró súbitamente de tocar y con voz queda y clara le dijo: “Acércate”. Luz dio unos pasos, miró a Memling que, con un leve movimiento de cabeza, la invitó dulcemente a continuar y la muchacha llegó junto al anciano. Entonces fue cuando se dio cuenta de que el hombre no había podido verles llegar, pues era ciego.

“¿Quién eres?”, dijo el organista. La muchacha no entendió y el músico volvió a preguntar, esta vez en latín: “¿Quién eres?” Ella le contestó que se llamaba Luz, que era la discípula del maestro pintor Memling y que estaban allí porque el Rey les había invitado.

“¿Memling, dices? ¿Está Memling contigo, aquí?”.

Memling, mientras tanto, se había ido aproximando al anciano y él mismo le contestó: “Sí, maese Alonso, estoy aquí”. El músico alargó una mano en el aire, como buscando las del pintor, quien la tomó entre las suyas, en un gesto que Luz percibió como de mutuo respeto y admiración entre ambos hombres. Mientras se alejaba discretamente, el organista, dirigiéndose de nuevo a ella, le dijo:

“Una vez, a un hombre rico y amigo del Rey, que vino a felicitarme por mi música y que, para que supiera hasta qué grado me admiraba, me confesó que venía a misa sólo para verme sentado al órgano y escucharme y que lo mismo les ocurría a otros muchos, le dije que no era a mí sino a Dios y a los ángeles a quienes la gente tendría que mirar. Ese hombre no pareció entenderme, pero al cabo de un tiempo esta iglesia recibió un regalo que venía de su parte, algo que tu maestro hizo y que seguramente conocerás, ya que eres su discípula”. Luz respondió que no le comprendía y que no sabía de qué le hablaba. El anciano prosiguió: “Cuando llegues abajo, mira hacia aquí y lo descubrirás. Ese hombre rico no podía mirarme, pero tú sí puedes hacerlo, porque tú eres como la música, el sonido del alma que habla con Dios”.

En este punto se despidieron del anciano, aunque Memling y la joven aún tuvieron tiempo para estar solos, sentados en un banco,

escuchando las notas de ese kyrie que Cornago había compuesto tiempo atrás para el Rey don Fernando y que Cárdenas volvía a interpretar de forma magistral.

Llegaron luego los reyes y su séquito. El pintor y su ayudante fueron presentados ante ellos con todos los honores pero, el Rey, al ver a Luz, no pudo por menos que asombrarse:

“¡Es una mujer!”, le dijo a Memling, contrariado.

“Sí, Majestad. Es una mujer, es mi mejor discípula... y... os ruego que miréis hacia el coro...” El Rey alzó la vista y vio, sorprendido, lo que le mostraba Memling: Tras la barandilla, ocultando por completo el órgano de la iglesia, estaba aquella obra magnífica que, un año atrás, había comenzado a crear el pintor. Un tríptico, en una de cuyas tablas aparecían representados cinco ángeles músicos tañendo sus instrumentos. Al ver que el Rey acababa de reparar en un detalle de la pintura y que observaba a la joven con estupefacción, antes de que pudiera hablar, le confirmó: “Sí, Majestad, es una mujer y el rostro de los ángeles de Dios. En ella me inspiré para dar cumplido propósito del encargo que recibí hace un año, para que pintase el cuadro más hermoso de que fuera capaz y que representara a los ángeles alabando y cantando al Señor con sus músicas; no encontré mejor ni más inocente expresión para ello que la cara de Luz, mi ayudante.

Sin embargo, desearía aclararle algo, Majestad, y es que ella está tan sorprendida como Vos, pues en ningún momento posó para mí, ni supo que la estaba retratando, mientras cumplía con su tarea cotidiana, ayudarme con los pinceles y los óleos durante mi jornada de trabajo. No hubiera podido hacerlo de otro modo, por muchos motivos, ya que quien me encargó la obra, noble de mi país y cuya relación con Vos es muy estrecha, me pidió que el cuadro, mejor dicho, su contenido, fuese un secreto, pues se trataba de una ofrenda a Dios, así como de un regalo para el organista Alonso Cárdenas, hombre humilde hasta el extremo de desear no ser visto mientras toca y a quien esta persona quería demostrar su reconocimiento. Así Vos podréis entender que si Luz hubiese sabido de qué se trataba, no hubiese sido posible que posara con el semblante natural que la obra requería y hasta habría sido probable que hubiera rehusado, sin más, el ofrecimiento, al sentirse, quizás, demasiado cohibida”.

El Rey permaneció callado por un momento, con su mirada llena de asombro. La reina Isabel esbozó una levísima sonrisa, que enseguida se borró de su rostro, pero el pintor pudo llegar a captarla, con lo que pudo sentirse reconfortado.

Durante todos aquellos meses de intensas jornadas de trabajo, día tras día, mientras le pedía a su ayudante que limpiara los pinceles, fuese dándole ora uno fino, ora otro más grueso, o que le preparase determinadas tonalidades de color, Memling iba captando y guardando en su memoria las expresiones faciales de la joven Luz, sin que esta se percatara de nada. Así, fue creando sus ángeles músicos, todos con un único rostro, el de la muchacha, aunque con ligeras variaciones en su gesto. De este modo fueron surgiendo un ángel tocando el salterio, en su feliz recogimiento; otro, que sostiene una trompa marina, con un semblante beatífico, de misticismo casi conventual; también, el ángel laudista, que parece estar cantando, por el dibujo que hacen sus labios; el ángel trompetista da tirarsi, desenvuelto, como un músico de la Corte y, junto a él, en hermanada actitud, el ángel con la bombardita. Pero todos ellos eran la joven Luz, representada en sus expresiones más definitorias y que tanto amaba el maestro en ella.

Los Reyes y Memling miraron a la joven y pensaron que en verdad estaban en presencia de un ángel, un ángel que, con su mirada dirigida hacia lo alto, en dirección al coro, estaba viendo por primera vez la obra de su maestro y fue entonces cuando una expresión de infinita mansedumbre y turbación la hizo ruborizarse. Miró a Memling y una vez más hacia el coro y, en ese instante, la música sonó de nuevo y en su cabeza volvió a escuchar las mismas palabras que el organista pronunciara:

“Tú sí puedes mirarme, porque eres como la música: el sonido del alma que habla con Dios”.



AudioLibro.org
GRUPO EDITORIAL

[Mercedes Menchero](http://MercedesMenchero.com)
Audio-libro.com
[Más audiolibros gratis](#)